

REVELACIONES DEL FUTURO

Querido lector: quizás no conozcas mi nombre, ni mi historia. Es más, estoy segura de que desconoces ambas cosas. No sé cómo la Historia no tiene archivado mi caso. A lo mejor les pareció demasiado increíble para las desconfiadas mentes de la gente. O quizá fue algo tan extraordinario que temieron que nadie les creyera. Bien pudieron ser ambas cosas. En todo caso, si te interesa, te relataré mi historia. Sucedió tal como te lo voy a contar...

«Ocurrió en el año 1630 de la Era del Señor. Yo nací en la ciudad de Granada y ejercía de dama de compañía de la hija del marqués. Si te sirve para situarte, era el quinto marqués de Mondejar, Íñigo López de Mendoza. A mis quince años, tenía a la pequeña Catalina, de diez años. Gozaba de una buena posición económica, entre la clase baja, por supuesto. No me sobraba oro, pero podía comer y tenía un techo bajo el que dormir. Me conocían por el nombre de Ana.»

Lector, seguramente piensas que yo era una muchacha como cualquier otra. Huérfana, sí, pero una chica normal. Si eso crees, estás equivocado, muy equivocado...

«Mis padres fueron moriscos. Los expulsaron de España poco tiempo después de nacer yo. Quedé al cuidado de una anciana que vivía en las montañas. Probablemente, te habrás extrañado al oírme decir "me conocían por...". Eso es porque mi nombre no es Ana, sino Anhara.

Sin embargo, eso no es lo más raro de mí. Lo más extraño, es un "don", como prefiero llamarlo, que me transmitió la anciana durante los nueve años que viví con ella. Pudo hacer que el agua me obedezca. Se alza, dispara chorros de agua, se esfuma y se congela a mi voluntad.

Procuro que nadie sepa de este "don". Preferiría no morir en la hoguera, acusada de brujería. Aún así, practico con el "don" casi cada noche.

Encontré hace un año un hermoso pilarillo en la Alhambra. Investigué un poco acerca de él y descubrí que había sido construido con un oro de origen desconocido hallado en la Alhambra, en una de las torres. El marqués usó el oro para transformar una zona de la Alhambra en jardín. Tenía que reconocer que era bellísimo.

En un pequeño rincón del jardín, que tú conocerás como el Jardín de los Adarves, hay un pilar. De mármol, con adornos que le hacían parecer un pórtico griego en miniatura. Tenía también, un pequeño tubo del que brotaba agua las veinticuatro horas del día. Durante las claras noches de verano, era especialmente agradable ir allí. Las plantas y las flores, como las glicínias, las rosas, las magnolias rodeaban el pilar, y al acercarte, te envolvían en una nube de olores impresionante. La luna, estunera en la fase en la que estunera, incidía directamente sobre el agua.

Lo que te cuento, sucedió en la primera noche de verano. 21 de junio, solsticio de verano. Me acerqué, como solía hacer, al pilar y comencé a jugar con el agua, provocando que saltara en forma de pequeños chorros. De repente, me quedé quieta, escuchando el canto de los grillos y la suave brisa veraniega recorrer el jardín. Empezó a crecer en mí

mi el impulso de acercarme y ver mi reflejo en el agua. Obedeciendo ese deseo, me levante de la piedra donde me encontraba sentada, sacudiéndome la falda. Di dos pasos inseguros hacia el pilar y me apoyé en el borde.

Al inicio no vi nada extraño. Sólo vi mi cara morena, mi oscuro cabello y mis ojos, de color negro como el carbón, que me devolvían la mirada desde el agua. La imagen, sin embargo, comenzó a cambiar. Tuve miedo e intenté retroceder hacia atrás. Pero me encontré paralizada al borde de la fuentejilla, quieta como una estatua, incapaz de moverme, con el pánico bombeando en mi sangre.

El rostro pronto se desdibujó totalmente del agua, y extrañas imágenes aparecieron ante mis atónitos ojos. Guerras donde hombres armados con utensilios de metal negro mataban a sus hermanos a distancia; más pobreza que la que ya tenía que ver cada día en las calles; hombres y mujeres ataviados con extraños ropajes, carros de metal de muchos colores que despedían humo por la parte de atrás y altísimos torres de material gris que se alzaban orgullosamente hacia el cielo.

Tan pronto como apareció, desapareció la aterradoras sucesión de imágenes. El rostro, asustado y horrorizado, volvió a estar en la superficie del agua. Me di cuenta de que había estado conteniendo la respiración todo ese tiempo, pero en cuanto tomé aire, mi respiración se volvió rápida y jadeante. Di media vuelta y corrí. Huí de allí, con esas reclamaciones aún golpeándome, como un pesado martillo, en la mente. >>

Te preguntarán, lector, qué fue de mí entonces. Confesaré que fui incapaz de volver a retomar mi vida como si nada hubiera pasado, como si aquellas apariciones que se reflejaron en el agua no me estaban obsesionando. Quise reflexionar en silencio y soledad acerca de esas imágenes, de modo que me alejé de las ciudades y me refugié en la naturaleza, que me acogió como los brazos abiertos en su seno. Me instalé en una diminuta cabaña al pie de una imponente sierra que en invierno siempre estaba blanca. La llamé Sierra Nevada, nombre que más tarde ponaría a la historia.

Pensé mucho, lector, muchísimo durante los años que me quedaron de vida. Di infinitas vueltas al posible significado de esos mensajes, y seguí dándoles vueltas en mi lecho de muerte. Tenía ya cuarenta y nueve años, y agonizaba, debido a que sobrevivir un invierno demasiado duro para mi avanzada edad. Hasta el último momento reflexioné sobre lo que vi, y fueron momentos antes de que Dios me reclamara a su lado, cuando comprendí que había visto el futuro en el agua...